

¿UN SAN FRANCISCO DISTINTO?

Sebastián López, ofm

Intentamos presentar en las páginas que siguen la experiencia espiritual de Francisco y algunos de los temas con ella relacionados, tal como se desprenden de los estudios recientes sobre el santo. La novedad que aportan, lo diferente que ofrecen. Para que su lectura fuese más orientadora sería necesario indicar también la literatura en la que se apoyan nuestras reflexiones. Esto nos alargaría, además de que prescindimos por principio de las notas en los artículos de la Revista. Como solución hemos optado por remitir, entre paréntesis, a los números del ensayo bibliográfico del P. I. SCHLAURI: "San Francisco y la Biblia. Ensayo bibliográfico sobre su espiritualidad evangélica", en "Collectanea Franciscana", 40 (1970), 365-437 (el original, en francés; lo citamos: Schl.).

Francisco es actualidad en la época moderna, sobre todo desde el movimiento franciscanista que promovió el Romanticismo. La **Vida de San Francisco** de SABATIER (1894 y 1922) inicia el estudio serio y crítico de la vida del Pobrecillo, que siguen después G. SCHNURER (1907), J. JOERGENSEN (1907), L. de SARASOLA (1929), etc. Al mismo deseo de un conocimiento serio y personal del santo obedecen las ediciones críticas de sus Escritos publicadas por Quaracchi y H. Boehmer (1903 y 1904). A su impulso y cita van saliendo a luz una serie de obras que intentan descubrir o elencar los principales temas del espíritu de Francisco y del Franciscanismo. Entre las más significativas: UBALDO D'ALENÇON: **El alma franciscana**, París 1913; H. FELDER: **Los ideales de San Francisco de Asís**, Paderborn 1923; V. M. BRETON: **La espiritualidad franciscana**, París 1935; A. GEMELLI: **El Franciscanismo**, Milán 1932; L. BRACALONI: **La espiritualidad franciscana**, 3 volúmenes, Milán 1935.

Siguen unos años de silencio en cuanto a obras significativas e importantes en el campo de la espiritualidad. El año 1947 señala una nueva etapa en los estudios sobre la espiritualidad franciscana. Dicho año el P. General de los franciscanos, P. Pacífico Perantoni, dirige a toda la Orden su Carta encíclica sobre **Pedagogía franciscana** (AOFM, 66(1947) 118-140). Era una llamada a lo peculiar nuestro y a su estudio y enseñanza. A los tres años le seguía la Encíclica sobre **La espiritualidad franciscana**, obra probablemente del P. Alberto Ghinato (Schl. n. 182), a quien encarga además los cursos de espiritualidad franciscana en el Pontificio Ateneo Antoniano. La publicación folicopiada de sus lecciones ofrece, por primera vez creemos, un resumen de la Espiritualidad de Francisco desde sus Escritos y desde cada una de sus biografías en el volumen: *Storia della Spiritualità francescana*, vol. I; y una visión de la espiritualidad franciscana en general, en el vol.: **Lezioni di Spiritualità francescana**. En ellos hemos aprendido muchos a amar nuestra vocación y a hacerla ilusión y búsqueda incansable. Por los mismos días, más o menos, realizaba idéntica tarea el P. Vitus a Bussum en el Colegio Internacional de Roma de los Capuchinos.

En 1949 publicaba el P. K. Esser su tesis doctoral: **El testamento de San Francisco de Asís**, Münster 1949 (Schl. n. 77). Con ella se estrenaba el más destacado estudioso de la historia primitiva franciscana y de la experiencia y carisma de Francisco, en los últimos 50 años. Desde entonces nos ha venido ofreciendo una serie de obras decisivas para el

conocimiento de Francisco y de su circunstancia histórica. Con él hay que recordar además a un grupo de franciscanos alemanes, beneméritos también de los estudios sanfranciscanos: S. Clasen, L. Hardick, E. Grau. Vienen después autores tan destacados como O. Schmucki, S. Verhey, E. Leclerc, Willibrord de París, R. Koper, F. de Beer, A. van Corstanje, Lázaro Iriarte y otros. Todos han contribuido al descubrimiento de un Francisco casi distinto. Recoger sus hallazgos principales y subrayar los momentos de la experiencia espiritual de Francisco que en sus obras consiguen más acusado relieve es el objeto de estas páginas.

1. Su Carisma.

Lo que se destaca con mayor novedad en los actuales estudios sobre Francisco es su experiencia religiosa, su carisma. También hay que desmitologizar a Francisco, se ha dicho. Creemos que hoy queda definitivamente claro que dicho carisma consiste esencialmente en el acogimiento acaparador de Cristo como Camino hacia el Padre (I Reg. 1, 25; 1 Ep. 107), como Salvación (1 Ep. 89). Lo que ya se venía haciendo. La novedad de la visión actual está en no apurar tanto su Cristocentrismo, tan apurador por otra parte, que se pierda de vista al Padre de quien Cristo es Sacramento (Schl. n. 194). Es este uno de los puntos en el que Francisco, como toda la Edad Media, evoca el agustinismo del «Christus Mediator». Esto nos ha hecho percibir además que su concepción de Dios y del Hijo Encarnado es más trascendente de lo que a primera vista pudiera parecer. La absolutez de Dios en su ser y en su obrar es un dato constante en sus Escritos; lo mismo que la exclusividad de Dios en nuestra vida: «Dios mío y todas mis cosas» (Schl. nn. 342-355).

Otro momento esencial de su Carisma es la escucha y cumplimiento, de forma absoluta y enteramente radical, del Evangelio, de las «odorifera verba Domini» (1 Ep. 97). El Evangelio es la Regla y Vida que se ha impuesto a sí mismo e impone a los suyos. Pero a la letra, sin más explicaciones ni distinguos. A cuerpo limpio, diríamos. Observancia de todo el Evangelio, como ha insistido acertadamente el P. Hilarino de Wingene. (Schl. n. 70), sin negar con todo que el Evangelio de la misión de los Apóstoles (Mat. 10, 9-11; 1 Cel. 22) tenga indudablemente en su experiencia un valor programático inspirador e inicial innegable, como destacan otros (Schl. nn. 128130 y 202). Si Francisco es en su evangelismo más sinóptico que joaneo o si el Antiguo Testamento tiene en sus Escritos tanto relieve como el Nuevo son extremos que están aún sin madurar (Schl. n. 194).

Es precisamente este punto, inseparable del anterior, el que constituye su originalidad entre los iniciadores de movimientos religiosos en la Iglesia. Porque esta pasión por el Evangelio ha hecho que, irremediamente, su escucha se le tradujese en biografía, en operación (6 Adm. 10; 1 Reg. 17, 47; Test. 82, etc.), convirtiéndole en el hombre del absoluto del Evangelio, como ha visto Congar (Schl. n. 148), en su más conseguido concentrado, en su más afortunado y certero repetidor del mismo, en su más bella edición humana. Lo repetimos: aquí se decide la originalidad fundamental de Francisco. Su acogida de Cristo no es teórica, subjetiva solamente. Su Jesucristo no es por las nubes, intemporal, lejano. Francisco ha acogido, se ha dejado acaparar por el Cristo del Evangelio, el Hijo de Dios encarnado en la historia y en el tiempo en que se hace y que la hace. Se le ha llamado el santo de la Encarnación (Schl. n. 357). Y lo es. Pero con tal de entenderla en toda su dinamicidad, desde

la Navidad a la Parusía (Schl. nn. 356-370). Francisco no se contentó con bellos pensamientos, con el simple saber de Cristo (6 Adm. 10) ; no descansó hasta hacerlo vida y existencia palpitante en una copia sin par, literal hasta la exageración para algunos (Schl. nn. 156, 194 y 202), de un literalismo moderado para otros (Schl. n. 255), de la vida de Cristo narrada en el Evangelio. Esto explica que Francisco insistiera más en el tema de la «vita evangelica» que en el de la «vita apostolica» (Schl. nn. 20, 153, 194 y 200), y nos da también la razón de su insistencia machacona sobre el seguimiento de Cristo (Schl. nn. 194, 376, 377 y 379), sobre lo que dice el Señor en el Evangelio (39 veces se encuentra en sus Escritos: «dice el Señor» o «dice el Señor en el Evangelio»), y sobre el buen ejemplo franciscano tan bellamente estudiado por el P. Ghinato y otros (Schl. n. 332). Francisco buscaba ser, sobre todo y más que nada, una reproducción literal del Evangelio. Quería a toda costa que el Evangelio le brotase a flor de piel, que fuese plan de vida, horario y afán de toda ella. Su biografía es el logro excepcional y desconcertante.

Desde aquí se explica todo en Francisco. Su pobreza, la de Cristo en el Evangelio (Schl. nn. 237-272). Y lo mismo podríamos ir diciendo de la humildad, fraternidad, obediencia, castidad, sabiduría y simplicidad, paz y alegría (Schl. nn. 284-326). Del Evangelio arrancan también esas actitudes suyas, tan franciscanas por evangélicas, como su increíble libertad frente a la Iglesia institución, frente a la vida religiosa de entonces y, si se quiere, frente a su propio carisma (Schl. nn. 65 y 310316) ; y el riesgo y aventura de que está traspasada su existencia, como apuntaba el P. Penello en un artículo de **Vita Minorum**, casi olvidado por desgracia (28 (1957) 81-87).

La Regla y el Evangelio

Por ello, cuando trate de dar una forma de vida a los que le sigan, hará que toda ella se centre en el Evangelio (Schl. nn. 43-61; 65-67; 119-125; 126220). Insistiendo repetidamente, además, en su dimensión vital y espiritual. La Regla, dirá Esser, es un documento espiritual (Schl. nn. 65 y 67). Habría que decir más: la Regla enfrenta al Hermano Menor con una Persona, Jesucristo, y lo abre a la acción del Espíritu (2 Reg. 10, 72) más que imponerle sólo normas y preceptos. Apenas es otra cosa que un camino ligeramente esbozado, que habrá que proseguir en la fidelidad a la Palabra del Señor. La libertad divina, la transcendencia del Dios Altísimo, exige este respeto (Schl. n. 67). La pobreza incidirá teologalmente en este misterio de la acción insistente y gratuita, inescapable, del Dios Altísimo. Porque todo viene de El. De su inspiración, de su gracia (Test. 77-80 y 82; Schl. nn. 176 y 347). Y la pobreza está en función de Dios, de su mayoría absoluta, de su acuciante presencia (S. LOPEZ: **La pobreza, vacío para Dios**, en *Ver Vid* 28 (1970) 457). Es el vacío y oquedad para el Dios salvador en Cristo, Camino, Verdad y Vida, cuyas pisadas debemos seguir, sobre todo su pobreza y humildad (1 Reg. 1, 25). Así se ve la razón de la primariedad de la pobreza en el Carisma y en la Regla franciscana. Lo resume y la resume. Es la expresión más concreta de nuestra menesterosidad y del hambre de Dios en Cristo. Porque Cristo a quien debemos seguir (1 Reg. 22, 51) es la pobreza más desvalida; porque pobreza es la fraternidad, la humildad, la obediencia, la oración. Todo, al fin. Es la altísima Señora Pobreza. Esto se había dicho ya muchas veces, pero casi siempre desde una visión ascética que no justificaba su rango y

dignidad. Su dimensión teologal en definitiva (CONGAR: **A mes Frères**, París 1968; pp. 105-132).

2. Su profundidad.

Francisco se llama a sí mismo iliterato e idiota. Y quizás esto nos había hecho concebir su experiencia religiosa de un modo superficial, reducida casi a una copia ética del Evangelio. Y hay esto en Francisco. Pero hay también más, más hondura, más teología también sin que tenga que ser la de las definiciones y distinciones, la de las Escuelas. La expresión literaria de su experiencia religiosa nos la da Francisco, en gran parte, en lo que se ha llamado la «teología monástica», más cercana ala Palabra de Dios, más existencial, y no menos profunda (Schl. nn. 16 y 17) . Pero más que nada su segura profundidad le viene de la Palabra de Dios. Francisco ha calado en ella y viceversa de modo inverosímil. Habitaba en ella, dice Celano (2 Cel. 104). Y así el espíritu y las palabras se le fueron modelando a su sentido y sonar de tal modo que sus Escritos, casi enteramente, rezuman y riman con la Palabra de Dios (Schl. n. 346). Es precisamente este hondo resonar bíblico lo que, mejor que las numerosas citas de los libros de la Sagrada Escritura, nos revela la sencilla profundidad, la imposible cala de su espíritu en el Mensaje de la Palabra de Dios. Definitivamente Francisco es un misterio. Engaña su sencillez y pequeña figura. Tanto que no ha conseguido un puesto relevante en la Historia de la Espiritualidad cristiana. Muchos de sus hijos llenan en ella muchas más páginas. Y sin embargo... Francisco es sin duda uno de los espíritus más originales, más profundos y de más talla en la historia del Cristianismo. Quizá nadie nos lo ha dicho mejor, en los últimos años, que J. Lortz en su obra: **El santo incomprable** (Schl. n. 176).

3. Su originalidad.

Nada afirmó Francisco más resueltamente que la originalidad e independencia de su Carisma de otros movimientos e instituciones religiosas. «Novus ordo, nova vita», canta también la secuencia de la misa del santo.

Francisco fue original porque volvió a la fuente primera y absoluta, el Evangelio. Pero además del encuentro personalísimo con él, Francisco recibió el Evangelio de la Iglesia en la que vivió y a la que amó apasionadamente (Schl. nn. 419-423) . Es falso un Francisco de Asís sin influencias ni antecedentes. Un Francisco de Asís casi llovido del cielo. Esto es imposible en el Cristianismo que es esencialmente una Tradición. Francisco entra dentro de ella. Ya hemos hecho alusión al vocabulario de la «teología monástica» empleado por Francisco abundantemente. Queda sin embargo mucho por hacer aún en este aspecto. Además, su evangelismo, su pasión por la pobreza, y sus devociones a la Encarnación-Navidad, a la Pasión y ala Eucaristía no son exclusiva suya en aquel tiempo. Eran entonces preocupación o devoción de muchos (Schl. nn. 15-42). Y sin embargo, a pesar de todo, Francisco es desconcertantemente original. Es verdad que todo lo que constituyó su experiencia le fue entregado por la fe viva de la Iglesia, que además no hay en él ninguna idea enteramente original, pero también es innegable que Francisco consiguió con aquellos materiales una

biografía única, quizá la más original del Cristianismo (Schl. nn. 148 y 176). No es extraño por eso que se haya podido afirmar que «la fundación realmente nueva a la que aspiran tantos y que ha servido de pretexto a muchos ensayos no del todo felices, sólo se encuentra en una dirección, la del ideal primitivo de Francisco» (P. Lippert, SI). La afirmación ha sido de nuevo repetida por otro padre jesuita suizo, Mario von Galli, en su obra: **Gelebte Zukunft. Franz von Assisi**, Lucerna 1970.

Estos son los principales rasgos de la personalidad espiritual de Francisco que los estudios actuales nos han hecho descubrir o han profundizado mejor. Podíamos haber señalado otros muchos. Nos parece que estos son los más importantes y significativos. Los que además han conseguido devolvernos a un Francisco más cercano a las fuentes y por lo mismo a lo que tuvo de retador y revolucionario. El Francisco a quien Dios ha asolado con su presencia y acción soberana. El Francisco apasionado por El, celoso de su gloria y por lo mismo de la pobreza y humildad que le hacen sitio y lugar. El Francisco pobre para siempre.

selecciones de **FRANCISCANISMO**